

## LA JURA EN SANTA GADEA

**L**EGADO el momento de la jura, el templo de Santa Gadea se convierte en templo de caballería. Resuenan las baldosas bajo los pasos pesados de los guerreros, se agolpa el pueblo a las puertas, los arcos de las bóvedas se curvan de solemnidad y los enormes pilares, como si les hubieran salido alas, levantan el templo por encima de toda España.

Allí está la flor del reino, la corte con sus nobles y sus señores.

Es un instante imponente. El Cid está en la cúspide de su vida, en el momento trascendental en que muestra al mundo la medida de su alma, la grandeza de su carácter. La jura de Santa Gadea prueba que el Cid no sólo es guerrero y sabe vencer y defender su patria, sino que también es capaz de defender los derechos de su conciencia y de la conciencia de su pueblo.

El Campeador, el vencedor de batallas, el jefe indiscutible en el terreno material, se convierte ahora también en jefe espiritual. Pasa de golpe a ser el primer hombre de su país.

## V. HUIDOBRO

Toda la idolatría de Castilla está pendiente de su héroe. Castilla es un collar de ojos colgado al cuello del Campeador. En él se encarna en este instante la libertad y los derechos del hombre frente al poder, la independencia del espíritu que exige una satisfacción a sus escrúpulos, ante el que se cree por encima de las exigencias.

España siente en este momento que nadie la ha concretizado, ni la concretizará jamás como el Cid, y por eso crece de satisfacción, se agranda su orgullo, se agranda de tal modo, que en este instante rompe sus ligaduras en el mapa y llena toda la tierra.

Este no es un momento español, es un momento universal.

Emocionado a pesar de él, don Alfonso aguarda de pie ante el altar, y de pie ante el altar, el Cid es la conciencia del mundo.

El Cid coge los Evangelios y los abre sobre la conciencia humana. Pone el rey la mano sobre el libro sagrado.

La atención general es sobrecogedora. Una perplejidad inmoviliza todos los rostros, desorbita los ojos. El silencio se hace de piedra profunda. Se diría que el mundo cuelga de un hilo y que ese hilo ya va a cortarse.

La voz del Cid truena por encima de la expectación de los hombres y las crónicas:

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte en orden de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

—Sí, juro—contesta Alfonso palideciendo.

Dice el Cid:

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que os mate un traidor que sea vuestro vasallo.

—Así sea—contesta trémulo Alfonso.

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte en consejo de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

—Sí, juro—repite el rey, blanco como un invierno.

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que un puñal villano os atraviese la espalda.

—Así sea.

—Rey Alfonso, ¿juráis que no fuisteis parte ni en pensamiento de la muerte del rey don Sancho, mi señor?

—Sí, juro—responde el rey, albo como un cadáver.

—Si vos mentira juráis, quiera Dios que el que os matare arroje vuestro corazón a los perros.

—Así sea—ruge el rey—. Y ya es demasiado, Rodrigo, de un vasallo a su señor.

—Vasallo no era, sólo ahora lo soy. Ayer no quise besar vuestra mano; hoy la beso si me la dais.

Responde seco el rey:

—No.

—Rey Alfonso, no deja de ser honrado sin besar mano de rey el que tiene muchos reyes por vasallos. Veo que no habéis comprendido toda la lealtad que había en mi actitud y el bien que os he hecho al obligaros a jurar vuestra inocencia.

—Mi alma y mis manos están limpias de la muerte de don Sancho.

—Debierais agradecerme que por mí lo sepa el mundo y lo registre la historia.

El conde Per Ansués, adelantándose al Cid, exclama:

—El rey olvidará el agravio, aunque mucho le apretaste.

—Apretada es una jura.

—¡Paso al rey!

Nobles e hidalgos abren cancha y el rey Alfonso VI sale del templo ágil, liviano, recién nacido.